

## CAPÍTULO 6

# EFICACIA SIMBÓLICA DE LOS SACRAMENTOS

ACOSTUMBRADOS como estamos en nuestra civilización occidental a medirlo todo por la eficacia, es obvio que nos preguntemos qué producen en nosotros los sacramentos, para qué sirven, qué se obtiene de su celebración y muchas otras preguntas semejantes. La baja participación de muchos cristianos bautizados en la praxis sacramental de la Iglesia suele justificarse con frases como éstas: “¡Para perder el tiempo... no voy!”, “¡No obtengo ningún provecho ni aprendo nada!”, “¿Qué más da casarse por la Iglesia que no hacerlo...?, ¡Puras convenciones sociales!”, “¡Yo me confieso con Dios y es suficiente!”

Dentro de este mismo planteamiento se encuentran aquellos que participan en la práctica sacramental de la Iglesia para “crecer en gracia”, “obtener méritos para la vida eterna” o “reparar a Dios por el mal cometido”, “para adelantar en el camino de la santidad”, “para recibir la bendición de Dios y conjurar los males”. Los sacramentos no son medios a través de los cuales Dios nos concede sus dones o responde a nuestras peticiones; no son tampoco aquellas obras que nos consiguen un Dios benevolente y accesible.

¡Qué difícil nos resulta comprender la dimensión de gratuidad que está a la base de la sacramentalidad cristiana! Cuando se comprenden los sacramentos como símbolos de encuentro emerge la gratuidad como contexto inherente e imprescindible y se dibuja una perspectiva desde la cual la pregunta por la eficacia queda sublimada y superacentuada: la perspectiva de la eficacia simbólica, superior a aquella de la eficacia utilitarista.

## 1. Entre el esquema técnico y el esquema simbólico

Supongamos que nacen dos niños. Uno de ellos es bautizado, el otro no. Es obvio que nos preguntemos qué ha aportado la celebración del bautismo en un caso y de qué se ha visto privado el niño no bautizado y cuál es su condición. Según la formación catequética que ha sido tradicional en la Iglesia la respuesta sería clara: el niño bautizado se ha convertido en hijo de Dios, ha recibido la gracia, se le ha perdonado el pecado original; en cambio, el niño no bautizado es “hijo de ira”, tiene el pecado original. Si el primero muere, va directamente al paraíso. Si el segundo muere, no podrá entrar en la gloria. En esta explicación el sacramento del bautismo se entiende desde un esquema causal: el bautismo es el instrumento del que disponemos para conseguir un efecto inmediato que es la gracia, el perdón de los pecados. Pero, sin embargo, ¿qué respuesta se ofrecería en este caso si el sacramento fuera entendido —como debe serlo— desde el esquema simbólico?

### 1.1. *El esquema causal o técnico*

a) *Las tres causas.* En otros tiempos se abordó la cuestión de la eficacia de los sacramentos sirviéndose de las categorías que se tenían a disposición: las de causalidad eficiente y causalidad instrumental. Karl Rahner<sup>1</sup> resume en tres las respuestas que se dieron a esta cuestión: 1) la *causalidad moral*: el sacramento es eficaz *porque mueve a Dios* —que se comprometió a responder siempre que se realizara el signo sacramental— y le hace propicio para que conceda sus dones, su gracia; 2) la *causalidad física-instrumental*: el sacramento ejerce su causalidad produciendo él mismo la gracia, pero como instrumento dependiente de la causa principal, que es Dios; añade un quid (algo) peculiar a la causalidad principal de Dios; 3) la *causalidad jurídica e intencional*: el sacramento prepara y exige inmediatamente la concesión de la gracia, por determinación de Dios.

Llama la atención en estas tres explicaciones que no se hable de la eficiencia del rito sacramental justamente en su

---

<sup>1</sup> Cf K. RAHNER, *La Iglesia y los sacramentos*, Herder, Barcelona 1964, 37-44.

***“Lo propio de los símbolos sacramentales es significar, es decir, abrir a un mundo más auténtico, más diáfano y radical que el cotidiano, remitir a la fuerza que subyace en la vida del hombre, expresar el misterio fundante y dador de sentido, que experimentamos confusa y oscuramente a lo largo de la vida ordinaria”.***

razón de signo-símbolo, pues decía acertadamente santo Tomás: “Sacramenta significando efficiunt gratiam”, subordinando la noción de causalidad a la de signo. Con todo, reconocía que “es necesario decir (*necesse est dicere*) que los sacramentos de la nueva ley causan de alguna manera la gracia”<sup>2</sup>.

b) “*Significando causant*”. Y ¿cómo explicó santo Tomás esta causalidad propia del significar? Los sacramentos no son sólo una ocasión o una disposición que mueve a Dios a conceder su gracia (*causalidad dispositiva*), sino que realizan aquello que significan (*quod figurant*). El signo es la mediación de la gracia. El signo sacramental no puede causar sino a través de la significación. El signo es otra forma de causalidad; es causalidad instrumental de la cual se sirve la causa principal: instrumentos de la divinidad son: la humanidad de Cristo y los sacramentos; la diferencia entre ambos instrumentos consiste en que la humanidad es “*instrumentum coniunctum*” y los sacramentos son “*instrumentum separatum*”<sup>3</sup>. Los sacramentos de la antigua alianza no eran eficaces porque sólo significaban “promesas” y fe en lo que había de suceder, pero todavía no había sucedido. Los sacramentos de la nueva alianza, en cambio, son signos de la realidad acontecida, de la promesa realizada. Por eso “*contienen y causan la gracia*”<sup>4</sup>.

Santo Tomás insistió tanto en la causalidad<sup>5</sup> porque el pensamiento metafísico no podía representarse la relación en-

<sup>2</sup> *Summa Theologica*, q. 62.

<sup>3</sup> *Summa Theologica*, III, q. 62, a. 5.

<sup>4</sup> *Summa Theologica*, III, q. 61, a. 4.

<sup>5</sup> Los sacramentos realizan lo que significan: “el efecto principal de los sacramentos que es la gracia”, “causan la gracia”, la “producen”, la “contienen”, la “confieren”, la pasión de Cristo es la “virtud causativa de la gracia” de los sacramentos. Estas expresiones son utilizadas por santo Tomás “analógicamente”. Se

tre sujetos o con Dios de otra forma que utilizando el esquema técnico de la causa y del efecto.

c) “*Ex opere operato*”. Ésta es una fórmula que se ha impuesto en la teología de la Iglesia para hablar de la eficacia de los sacramentos. No es una expresión que se encuentre en la Biblia ni en la patrística. Fue Pedro de Poitiers († 1205) el primero que la empleó: “*ex opere operato*” es una frase correlativa a “*ex opere operantis*”. Con estas fórmulas se pretende señalar “la acción sacramental como la única causa instrumental de la gracia (*ex opere operato*); y esto precisamente contra los movimientos heréticos o cismáticos que hacían depender exclusivamente la eficacia de los sacramentos de la fe o de la santidad del ministro o receptor (*ex opere operantis*)”<sup>6</sup>. El concilio de Trento recogió en una de sus decisiones dogmáticas la fórmula *ex opere operato* para resaltar el principio sacramental como principio de justificación frente al énfasis que los reformadores ponían en la fe: “Si alguno dijere que por medio de los mismos sacramentos de la nueva ley no se confiere la gracia “*ex opere operato*”, sino que la fe sola en la promesa divina basta para conseguir la gracia, sea anatema”<sup>7</sup>.

Se malinterpreta la doctrina del concilio de Trento cuando se piensa que Dios ha decidido vincular su gracia a un rito determinado; bastaría realizarlo para que automática y mágicamente se produjese el efecto: aumento de gracia, concesión de los dones de Dios. Como muy bien reinterpreta J. Espeja: “La fórmula quiere decir que en la celebración de un sacramento se manifiesta y se ofrece infaliblemente la gracia, el encuentro de salvación que ha tenido lugar en Jesucristo y hoy se hace verdad en la existencia de los auténticos creyentes. Desde la encarnación sabemos que Dios y hombre permanecen unidos para siempre; y la Iglesia es proclamación en visibilidad, actualización del encuentro salvador en la historia de

---

trata de la analogía llamada de “atribución”. Según este tipo de analogía un mismo término (signo, instrumento) puede ser atribuido a seres diferentes según razones diferentes. El concepto de “signo” y de “instrumento” son utilizados analógicamente. La analogía esquivada cualquier interpretación “cosificada” del pensamiento tomista.

<sup>6</sup> G. KOCH, *Ex opere operato*, en W. BEINERT (ed.), *Diccionario de teología dogmática*, Herder, Barcelona 1990, 283.

<sup>7</sup> DS 1608.

los hombres. Cuando esta Iglesia se moviliza y se empeña en un gesto visible de servicio al hombre, tenemos un sacramento, símbolo eficaz de la gracia ya vivida”<sup>8</sup>.

No debemos olvidar que el sacramento es, por una parte, símbolo a través del cual se visibiliza la gracia infalible de Dios, el amor y el favor incondicionado de Dios en Cristo Jesús, que murió por nosotros cuando aún éramos pecadores. Siempre que se celebra el símbolo se actualiza la oferta incondicional de Dios. Por otra parte, el “*ex opere operato*” está vinculado al símbolo en cuanto símbolo, en cuanto rito, en cuanto celebración. Todo símbolo es eficaz. No se puede decir que únicamente los símbolos cristianos sean eficaces y los demás no. En todo símbolo religioso hay un “*ex opere operato*”. La gracia del misterio se hace presente allí donde de alguna forma queda simbolizada en su encuentro con el hombre.

“*Ex opere operato*” quiere decir que allí donde se realiza un símbolo instituido por Cristo Jesús, allí se hace presente como ofrecimiento de una forma infalible —aunque el hombre no lo acepte— la gracia de Dios. El sacramento es, ante todo, un gesto de Dios para con el hombre; y este gesto depende exclusivamente de Dios. La celebración simbólica tiene una fundamental estructura dialógica: supone en todo momento un encuentro, una alianza. No hay encuentro, diálogo, alianza si los diversos actores no se implican. Esto significa que el “*ex opere operato*” requiere el “*ex opere operantis*” para que la gracia ofrecida se convierta en gracia acogida. Sin la acogida el sacramento queda frustrado, inacabado, desfinalizado”<sup>9</sup>.

## 1.2. *El esquema simbólico*

Es necesario pasar del esquema técnico al esquema simbólico, el único capaz de representar la apofaticidad de Dios<sup>10</sup>. Los símbolos sacramentales son eficaces en cuanto símbolos.

---

<sup>8</sup> J. ESPEJA, *Sacramentos y seguimiento de Jesús*, San Esteban, Salamanca 1989, 139; cf J. LLIGADAS VENDRELL, *La eficacia de los sacramentos. “Ex opere operato” en la doctrina del concilio de Trento*, Barcelona 1983.

<sup>9</sup> Cf V. PENÜR, *Die Wirksamkeit der Sakramente sola fide und ex opere operato*, en “*Theologisches Jahrbuch*” (1981) 363-368; K. RAHNER, *Chiesa e sacramenti*, Morcelliana, Brescia 1966, 26-34.

<sup>10</sup> Cf L. M. CHAUVET, *Symbole et sacrement*, 24-49.51-87.

Lo propio de ellos es la eficacia simbólica. Éste es el punto de partida ineludible.

Los sacramentos son principalmente símbolos y en cuanto tales son mediadores de la gracia. Lo propio de los símbolos sacramentales es significar, es decir, abrir a un mundo más auténtico, más diáfano y radical que el cotidiano, remitir a la fuerza que subyace en la vida del hombre, expresar el misterio fundante y dador de sentido, que experimentamos confusa y oscuramente a lo largo de la vida ordinaria.

La significación del símbolo no está unida exclusivamente a un elemento material (pan, vino, agua, etc), ni a unas palabras (fórmulas sacramentales), ni a los gestos de un celebrante (obispo, presbítero o diácono), sino a todo un conjunto simbólico-ritual en el que intervienen todos estos elementos y otros más. Sacramento es una celebración simbólica con sus ritos, tiempos, comunidades. ¿Es eficaz toda celebración simbólica? Tal vez alguien se siga preguntando: ¿Qué “plus” aporta a toda celebración simbólica su cualificación de “cristiana”? Esta cuestión no está, sin embargo, adecuadamente planteada, porque es más bien al contrario como debemos formularnos la cuestión: ¿Qué “plus” aporta a la eficacia de la salvación-redención en Cristo la celebración simbólica? Hablaremos, en primer lugar, de la eficacia del misterio de Cristo, para descubrir posteriormente cómo esta eficacia salvadora se simboliza en los sacramentos.

## **2. Ámbitos teológicos de eficacia simbólica**

### *2.1. Sacramentos como símbolos de la gracia escatológicamente victoriosa y eficaz*

a) *La misteriosa eficacia del reino de Dios, del señorío de Cristo.* Para nosotros tiene muchísima importancia la realidad simbolizada a través de las mediaciones antropológicas de los símbolos y los ritos. Los cristianos creemos que los sacramentos son aquellas mediaciones a través de las cuales se significa el gran acontecimiento del misterio de Cristo, del reino de Dios, de la alianza definitiva en el Espíritu. El sacramento no coincide con el momento de ese acontecimiento. No es tampoco su única forma de expresión.

Todo el universo, toda la humanidad está ya interiormente afectada por el señorío del resucitado, a través del cual Dios Padre ha establecido su reinado entre nosotros. La gracia es ya “escatológicamente victoriosa” (K. Rahner), actúa eficazmente en la historia transformándola en reino de Dios de forma misteriosa: *El Espíritu de Dios guía con admirable providencia el curso de los tiempos y renueva la faz de la tierra*<sup>11</sup>.

b) *La misión sacramental de la Iglesia*. No en todo lugar, en toda comunidad y persona es conocido, reconocido, simbolizado y celebrado este misterio. A la Iglesia *se ha confiado la manifestación del misterio de Dios: la Iglesia descubre con ello al hombre el sentido de la propia existencia, es decir, la verdad más profunda acerca del ser humano*<sup>12</sup>.

La Iglesia, “que ha sido constituida y organizada por Cristo como sociedad en este mundo y está dotada de los medios adecuados propios de una unión visible y social”<sup>13</sup>, se hace manifestación del misterio de Dios a través de sus asambleas sacramentales o de sus acciones sacramentales. Movida por el Espíritu del Señor resucitado, la Iglesia se sirve de la simbólica natural e histórica, la asume y eleva al nuevo orden de la existencia escatológica.

c) *Paradójica eficacia escatológica*. Cuando hablamos de la eficacia de la salvación que Jesús nos trajo estamos haciendo, ante todo, una confesión escatológica. “¿Dónde están los redimidos?”, se preguntaba Nietzsche. “La Biblia concibe al hombre no sólo como un ser que tiene esperanza, sino que en última instancia es esperanza”<sup>14</sup>. La Iglesia vive el presente del futuro. El Señor del mundo de la resurrección es — para nosotros — Emmanuel.

Desde sus orígenes, la Iglesia hizo de sus sacramentos los

---

<sup>11</sup> GS 26.

<sup>12</sup> GS 41. “Al buscar su propio fin de salvación, la Iglesia no sólo comunica la vida divina al hombre, sino que además difunde sobre el universo mundo, en cierto modo, el reflejo de su luz, consolidando la firmeza de la sociedad y dotando a la actividad diaria de la humanidad de un sentido y de una significación más profundos” (GS 40).

<sup>13</sup> GS 40.

<sup>14</sup> W. KASPER, *Orientamenti della fede per il futuro*, Queriniana, Brescia 1980, 18-19.

símbolos del futuro escatológico que se anticipa en el presente. En los sacramentos emerge la acción escatológica del Espíritu, se asoma simbólicamente el mundo nuevo de la resurrección; se expresa y anticipa un nuevo orden de existencia reconciliada del hombre con Dios, de los hombres entre sí y de ellos con la naturaleza. El sacramento es signo que preanuncia y anticipa el mundo nuevo, el fin de los tiempos, que “ya” actúa germinalmente. El sacramento hace memoria de Jesucristo y orienta a su vez al futuro de Jesucristo. Por eso los sacramentos son signos eficaces o activadores de la “esperanza viva” que da vida nueva a la realidad.

Los símbolos del futuro introducen en nuestra historia un dinamismo revolucionario, anticipador de la utopía. No son instrumentos de cambio, sino huellas que hacen inaguantable la espera, más ardiente el deseo de la plenitud. Por eso los sacramentos introducen a quien los celebra en el dinamismo escatológico del reino. Si la celebración sacramental no produce impaciencia escatológica y la praxis de la esperanza, cabe preguntarse si se trata de una celebración auténticamente cristiana o si ha sido pervertida o demonizada. No obstante, la celebración tiene una lógica diferente a aquella de las estrategias que han de emplearse para realizar la misión de la Iglesia en el mundo.

En esta perspectiva los sacramentos asumen la función de “milagros del Espíritu” o símbolos milagrosos a través de los cuales el Espíritu anticipa la nueva creación en la vieja tierra y humanidad. No son —como los milagros de Jesús— soluciones a nuestros problemas. Son —¡eso sí!— señales indicativas y símbolos que desbloquean todas nuestras inhibiciones y temores.

La comunidad cristiana vive de esta supergracia. El cristiano es “el que sabe”, el que conoce la realidad oculta del regalo presente-futuro de Dios. Él sabe lo que verdaderamente pasa y pasará, cuando los demás hombres no lo saben explícitamente. La fe es revelación, acogida. Para eso quiso Dios Padre que la fe de la Iglesia fuera palabra expresiva y proclamada. Para eso quiso los sacramentos, como acciones simbólicas de la comunidad. No es extraño entonces que la palabra sacramento no sea otra cosa que la traducción latina de la palabra *mysterion*. Por la fe y los sacramentos el cristiano entra en posesión del secreto de Dios. Esta situación del cris-



tiano es ya toda una gracia. Conocer por la palabra y celebrar por el sacramento lo que significa el acontecimiento del reino de Dios y de la pascua de Jesús hace que los cristianos nos sintamos “nueva humanidad”, “nacidos de arriba”, “nueva creación”. Esta fe crea esperanza vital, genera comunidad, incita a la acción transformadora. Pero si, por otra parte, celebramos el misterio que conocemos en momentos decisivos de nuestra existencia, aquellos momentos en los que somos especialmente sensibles ante la gracia, la experiencia transformadora y dadora de sentido de los sacramentos es entonces mucho más intensa.

d) *Memorial de la alianza definitiva.* Dios Padre se ha aliado y desposado indisolublemente con la humanidad a través de su Hijo y el don del Espíritu. Dios nos pertenece ya irremisiblemente y nosotros le pertenecemos como pueblo de su propiedad. Por la mediación de la Iglesia proclama permanentemente su oferta de alianza definitiva. Los sacramentos de la Iglesia son el memorial objetivo de la oferta de alianza realizada ya una vez por todas en la cruz. Los sacramentos son “memorial” permanente de la alianza de Dios con el hombre. Son los ritos de la nueva y eterna alianza. Nos introducen en la participación de sus dones y virtualidades (libertad, amor cristianos). Y son memoria eficaz, porque nos iluminan, conmueven y atraen para hacernos *partners* de la alianza.

e) *Símbolos del encuentro con Cristo, el viviente.* Los sacramentos son los símbolos del encuentro con Jesucristo, el viviente, el contemporáneo de todos los hombres. Jesucristo es la personalización del hombre nuevo, de la utopía de la historia humana. En los sacramentos nos encontramos simbólicamente con esta realidad. En la medida en que los sacramentos son símbolos de tal encuentro, opción de fe, amor, seguimiento, son transformadores y renovadores y nos traen el perdón de Jesús. Al perdonar explícitamente los pecados, Jesús declara lo que ya ha sucedido en el encuentro con él<sup>15</sup>. El bautismo es encuentro con Jesús resucitado, que tiene el agua vivificante del Espíritu y lo comunica a todo aquel con

---

<sup>15</sup> Cf Lc 5,20; 7,48.

quien se encuentra. El matrimonio es un encuentro con el amor vivificante de Jesús resucitado, cuyo símbolo es la entrega mutua de dos personas que se aman y hacen conjuntamente un proyecto de vida. Jesús le transmite al matrimonio fidelidad y fortaleza. El sacramento de la reconciliación es encuentro del pecador con Jesús resucitado, que perdona y justifica. El sacramento de la eucaristía es, sobre todo, una forma sublime de aparición pascual del Señor a su Iglesia, entrando en comunión con ella y haciendo que todos entren en comunión con él.

“Le rogaron a un rabino, cuyo abuelo había estado en la escuela de Baal Shêm, que contase una historia. ‘Una historia —dijo— debe ser narrada de tal manera que sirva de ayuda’. Y contó lo siguiente: ‘Mi abuelo era paralítico. Un día le pidieron que contase una historia de su maestro. Y entonces comenzó a contar cómo el santo Baal Shêm cuando oraba saltaba y bailaba. Mi abuelo se puso en pie y lo contó. Pero la historia lo transportaba de tal manera que le incitaba a imitar los gestos del maestro, saltando y bailando también él. Y después de una hora... estaba curado’. Éste es el modo de contar historias” (M. BUBER, *Werke* III, 71).

La evocación actualizante de Jesucristo de su vida, pasión, muerte y resurrección son siempre una memoria eficaz, subversiva, peligrosa, transformadora con relación al mundo del pecado, de la cerrazón, de la división (J. B. Metz). Los sacramentos son memoria, porque narran una historia, un pasado, un presente y un futuro, y mientras lo narran, transforman el presente.

## 2.2. *Símbolos que construyen la Iglesia*

- “Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres... Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros, cada uno por su parte” (1Cor 12.13.27).
- “Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo... Todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gál 3,27-28).
- “El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan” (1Cor 10,16-17).

Los sacramentos construyen a la Iglesia como comunidad misionera en el mundo. Los ritos construyen comunidades. Los sacramentos, reconocidos como tales por la Iglesia, construyen a la Iglesia según los diferentes aspectos de sacramentalidad que expresan. No hay construcción y génesis de la Iglesia sin sacramentos.

El Espíritu es el sujeto trascendente de la Iglesia. Él la constituye a través de la palabra y los sacramentos. La capacidad comunitario-genética del símbolo es la infraestructura de la que el Espíritu se sirve para iniciar a nuevos creyentes en la comunidad de la fe y para dar consistencia a la misma. Los símbolos sacramentales principales tienen la función de integrar al individuo en la comunidad eclesial. Participación en ellos y creación de la comunidad es sinónimo.

La eficacia peculiar de los sacramentos no consiste en que sean los únicos signos eficaces, sino más bien en que son los signos eficaces para constituir la comunidad creyente. Es Dios mismo quien constituye y convoca a su comunidad a través de estos símbolos, instituidos por Jesús. Pero el hecho de que Dios sea el origen y el autor de los sacramentos no quiere decir que esto se produzca al margen de los condicionamientos humanos. Dios actúa desde lo más profundo de la psique humana, movilizandoy reactivando todo el ser del hombre. Por esto la Iglesia está totalmente fundada en Dios, pero también en los sentimientos más profundos del hombre. La acción constituyente de la Iglesia por parte de Dios se sacramentaliza en los símbolos humanos más adecuados.

La Iglesia que nace de los sacramentos es esencialmente misionera. Es servidora del mundo, al que Dios tanto amó. Los sacramentos introducen a los creyentes en la misión de Jesús: *Como el Padre me envió, así os envío yo*. En los sacramentos se manifiesta el don de Dios para el mundo. La Iglesia se convierte entonces en la depositaria de un don que no es para ella sola, sino que debe compartir con el mundo. Por eso en los sacramentos hay una ineludible dimensión misionera. Los sacramentos hacen de la Iglesia el "sacramentum mundi", sacramento de lo que el mundo está llamado a ser.

### 2.3. *Eficacia simbólica y fe personal*

El sacramento es no sólo una manifestación de la gracia; también es, tal como lo comprendieron los santos padres, *sacramentum fidei, attestatio fidei*. Esto no quiere decir que la validez del sacramento dependa en primera instancia de la actitud subjetiva. Lo decisivo es la acción de Dios, lo “objetivo”, lo que en la celebración nos sale al encuentro y nos viene “de afuera”, el “opus operatum”. La teología de “lo objetivo” ha justificado el bautismo y comunión de los recién nacidos, la unción de los moribundos inconscientes. Hay además una “fe objetiva”. El sacramento es, en este sentido último, también *sacramentum fidei*.

De todos modos, hay que decir que como los sacramentos son símbolos de encuentro con el misterio de Cristo, los sacramentos no son inteligibles sin la experiencia de la fe y son inseparables de la fe personal en todas sus etapas: en su origen (los sacramentos anuncian la fe), en su crecimiento (los sacramentos alimentan la fe), en sus efectos (los sacramentos conducen a los compromisos de la fe y a la entrega por un amor mayor).

Los sacramentos suponen la fe en la comunidad o persona que los celebra y recibe. Los sacramentos hacen “sacramental” la fe misma, la explicitan, la relacionan conscientemente con Jesús y su reino. La hacen más profunda y la proyectan misioneramente en la historia. Inspiran al creyente para que se encare y comprometa como lo hizo el mismo Jesús, dejándose conducir por la fuerza del Espíritu.

Por esto el sacramento supone la evangelización o la iniciación mistagógica. Para entender y vivir los sacramentos cristianos es necesario ser iniciados en la historia de la salvación y en las grandes tradiciones de la fe. Sólo así podrán ser también sacramentos de la fe. El primer acceso a la sacramentalidad no se da por medio de una participación inmediata en las acciones sacramentales de la Iglesia, sino por medio de una iniciación mistagógica en los misterios. Tal iniciación previa a la sacramentalidad supone el encuentro catecumenal con la palabra de Dios. Antes de participar en los sacramentos se requiere, de forma ordinaria, la evangelización. Se crean así las condiciones de posibilidad para un auténtico encuentro sacramental. El catecúmeno ve ratificada la “palabra interior”

que escucha en su fe subjetiva con la “palabra exterior” de la fe objetiva de la Iglesia.

El sacramento presupone la fe, la expresa, la genera. Sólo cuando la Palabra ha suscitado el diálogo y la respuesta, sólo entonces ha llegado el sacramento a su plenitud, a ser eficaz. Con todo, el encuentro sacramental nunca es definitivo; abre un proceso de conversión, de búsqueda, de nuevos encuentros.

***“Gracias a esta mediación de las grandes figuras y simbolismos, la salvación traída por Cristo penetra y llega hasta las profundidades últimas de la psique. Al asumir Cristo y la Iglesia las imágenes del sol, la luna, el agua, el árbol, la madre..., operan una evangelización de los poderes afectivos proyectados en ellos”*** (L. MALDONADO).

### 3. Ámbitos antropológicos de eficacia simbólica

Lo más admirable del misterio cristiano es la forma como se hace diáfano en medio de nosotros. Dios no ha querido introducir entre nosotros un lenguaje nuevo, una simbólica ajena a nuestro mundo. De Jesús dice bellamente la constitución conciliar *Gaudium et spes*: “Se ha unido en cierto modo con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado”<sup>16</sup>.

Así también la sacramentalidad nos une en cierto modo con todo hombre. Dios Padre introduce entre nosotros su misterioso reino por medio de símbolos de hombre, ritos de hombre, celebraciones de hombre y sirviéndose de su eficacia antropológica.

A la eficacia simbólica de los sacramentos pertenecen, pues, de forma real las dimensiones antropológicas que segui-

<sup>16</sup> GS 22.

damente vamos a hacer pasar por nuestra mirada. Y dado que la representación simbólica depende de los ministros, de la comunidad cristiana, hemos de anticipar que no es indiferente para la eficacia simbólica actuar el símbolo de una manera u otra. El adecuado empleo del arte de la simbolización y de la representación es el vehículo que ofrecemos a Dios Padre para que actúe su misterio. Aquí el “*ex opere operantis*” es tan importante como el “*ex opere operato*” de María en la encarnación.

### 3.1. *Eficacia propia del símbolo*

a) *En cuanto fundado en arquetipos*. Hay ciertos símbolos que, como vimos, tienen un valor universal; dependen de arquetipos que no mueren, aunque se transforman de generación en generación. Están hondamente anclados en la psique humana y son mediadores de experiencias muy densas. Por medio de tales símbolos la persona humana entra en profunda comunión con la humanidad; no queda alienada, sino integrada en una experiencia común.

El cristianismo ha recogido los grandes símbolos del hombre religioso natural, ha recogido sus posibilidades y su poder influyente sobre la psique. Por el hecho de estar subordinada a la fe, la dimensión mítica y arquetípica de los símbolos sacramentales no deja de ser real y de influir dinámicamente en el creyente:

El símbolo como tal suscita sentimientos, que no son ni periféricos ni vergonzantes, sino profundos, en sintonía con el dinamismo más radical de la persona. El símbolo, como reconocen fenomenólogos y psicólogos, es la expresión de las pulsiones más hondas de la persona. Cuando el hombre se pone en contacto con los símbolos se desencadena un deshielo general de su realidad personal y se movilizan sus fuerzas internas, sus experiencias más entrañables. El símbolo reactiva al hombre y lo purifica<sup>17</sup>.

Los símbolos sacramentales del bautismo, o la comida eucarística, o del matrimonio, u orden, etc., pueden y deben

---

<sup>17</sup> Cf L. MALDONADO, *Iniciaciones a la teología de los sacramentos*, Madrid 1977, 114-115.

llegar a las zonas más íntimas, e incluso inconscientes de nuestra persona. Es necesario, no obstante, que el símbolo sea representado de forma que *impresione* y que sea reconocido en toda su hondura.

b) *En cuanto manifestación de una experiencia.* Lo que Karl Rahner llama “símbolo esencial”<sup>18</sup> y aquí denominamos “símbolo” sin más, está intrínsecamente unido a la realidad que diafaniza o muestra. Es la forma de aparecer la realidad. El cuerpo es símbolo del alma, el gesto corpóreo es símbolo de la actitud interior. Dada nuestra condición corpórea no vivimos de verdad una realidad hasta que no la expresamos. La expresión de las disposiciones internas no es simplemente su exteriorización. La expresión lingüística de los pensamientos internos no es únicamente su revestimiento extrínseco en palabras. El lenguaje, la expresión no son un mero espejo de lo que existe ya en nuestro interior. Expresarse es devenir consciente sobre todo para sí mismo. Y desde ahí para los demás. Cuando nos expresamos en el lenguaje, damos forma y contenido a aquella vaga intención de comunicación que tienen nuestros pensamientos internos. La expresión es liberadora, porque mediante ella conseguimos nuestra propia verdad. La expresión es siempre creadora, eficaz. No poseemos algo realmente hasta que no lo expresamos.

Los sacramentos son aquellos “símbolos esenciales” en los que se diafaniza para nosotros la gracia que viene de Dios y la experiencia que de ella tenemos. La expresión litúrgico-sacramental da también forma a lo que no era sino revelación o actitud religiosa aún confusa. Al expresar nuestra fe transformamos esa actitud poco precisa en un acto de fe personal, integral<sup>19</sup>. Revelar el ser comporta activar el ser<sup>20</sup>. Nuestro encuentro con el misterio adquiere una nueva forma cuando lo expresamos, lo ritualizamos y celebramos festivamente.

Si esto es cierto, no es indiferente simbolizar y celebrar el encuentro del hombre con el misterio o no hacerlo; ni pertenecer a una comunidad simbólico-ritual o no. Anteriormente

---

<sup>18</sup> Cf K. RAHNER, *Chiesa e sacramenti*, Morcelliana, Brescia 1966, 37-40.

<sup>19</sup> Cf A. VERGOTE, *La réalisation symbolique dans l'expression culturelle*, en “Maison Dieu” 111 (1972) 110-131.

<sup>20</sup> Cf R. PANIKKAR, *Le culte et l'homme séculier*, Paris 1976.

hemos descrito la eficacia de toda celebración simbólico-ritual. Es la eficacia de la toma de conciencia, de la expresión, del alumbramiento, de la gratuidad, de la armonización con el universo, de la creatividad. La celebración simbólica y su ritualización establecen al hombre en un sistema extraordinario de relaciones que afectan a las raíces mismas de su existencia. Los sacramentos dan a conocer la realidad oculta del regalo de Dios.

### 3.2. *Eficacia de la “celebración” sacramental*

Se está abandonando la inadecuada expresión “administrar los sacramentos”, y se prefiere esta otra: “celebrar los sacramentos”. Los sacramentos son símbolos que tienen una estructura celebrativa<sup>21</sup>. Cuando todavía los símbolos del reino, realizados por Jesús y por la primitiva comunidad, no eran ritos (¡para que surja el rito se requiere un largo proceso histórico-colectivo!), ya entonces tenían una ineludible dimensión celebrativa. La cena del adiós fue una celebración. Los primeros bautismos colectivos eran auténticas celebraciones, aunque desprovistas de ritual. Los sacramentos cristianos mantienen esa dimensión celebrativa. Nos preguntamos: ¿Para qué sirve una “celebración”? ¿Qué efectos produce en la persona y en los grupos humanos la realidad celebrativa? ¿En qué consiste la celebración? Celebrar es hacer una fiesta, es jugar, es un quehacer ocioso.

a) *Celebración y fiesta*. Celebrar es *hacer una fiesta*. La fiesta es “un período intensivo de la vida colectiva y de la experiencia social... que adopta la forma de un ‘tiempo sagrado’... y se realiza en formas dramáticas y espectaculares”<sup>22</sup>. La fiesta es un acto de afirmación del mundo y de su vida, hecho de manera extraordinaria<sup>23</sup>. En la fiesta se vive la exuberancia de la vida, pero no solamente bajo el signo de la afirmación y

---

<sup>21</sup> Me inspiro en este apartado en L. MALDONADO, *Iniciaciones a la teología de los sacramentos*, Marova, Madrid 1977, 114ss.

<sup>22</sup> A. M. DI NOLLA, *Festa*, en *Enciclopedia delle Religioni* II, Vallecchi, Firenze 1970, 1585-1586.

<sup>23</sup> Cf. J. PIEPER, *Zustimmung zur Welt. Eine Theorie des Festes*, München 1963; ID., *De la vida serena*, Madrid 1953; ID., *El ocio y la vida intelectual*, Madrid 1964.



del asentimiento, sino también de la contraposición y del desajuste. La fiesta supone una dinámica emancipatoria y liberadora; conduce a liberarse de las fuerzas opresoras que agobian al hombre, entre ellas el agobio del tiempo, y por eso, produce una *deshistorización* de la vida. La fiesta ensancha el campo de la conciencia, dilata el ser, supera las censuras y autocontroles. Muestra una “hipersalud psíquica” en el hombre. En la fiesta se anticipa la liberación total. Comprender la celebración sacramental como una fiesta comporta entenderla escatológicamente, como la fiesta de los liberados<sup>24</sup>.

La celebración es un símbolo o un *conjunto simbólico* colectivo social. El símbolo es celebrativo cuando convoca a un grupo de personas, una comunidad o un pueblo, para simbolizar una realidad positiva, liberadora.

¿No es la celebración, entendida como fiesta, una estructura antropológica sumamente adecuada para simbolizar nuestro encuentro con el misterio del futuro que se nos concede como gracia y liberación? Los Hechos de los Apóstoles dicen que los primeros cristianos *partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo* (He 2,46-47). Hay que resaltar el ambiente de “alegría escatológica” (= *agallíasis*)<sup>25</sup>.

La celebración festiva es el clima en que realiza la Iglesia sus símbolos; ¡también el sacramento de la reconciliación! y ¡el de la unción de los enfermos! ¿No es para celebrar la llegada a nosotros de las sombras, los iconos del futuro de Dios, proyectadas sobre la pantalla de nuestra historia? ¿No es motivo suficiente como para desbloquear nuestras inhibiciones —motivadas por la opresión de nuestro tiempo— y entregarnos al desajuste que produce en nosotros la promesa y anticipación de la *divinización*? ¿No es razón suficiente para celebrar y super-celebrar acoger los signos del amor apasionado de Dios hacia nosotros y sus promesas sin arrepentimiento?

La fiesta es un dinamismo antropológico que produce en nosotros sentimientos de pertenencia, de comunidad, de liberación; nos hace soñar, vivir la utopía, anticipar lo imposible.

---

<sup>24</sup> Cf H. COX, *Las fiestas de locos*, Taurus, Madrid 1972; J. MATEOS, *Cristianos en fiesta*, Cristiandad, Madrid 1975, 252-337.

<sup>25</sup> Cf Lc 14,15; 1Pe 4,13.

b) *Celebrar como juego*. Celebrar es un *juego*. Por lo regular se entiende por juego una actividad sin utilidad ni objeto, contrapuesta al trabajo útil, vinculado a un objeto. Pero juego no es lo mismo que distracción, ilusión o capricho o mero pasatiempo: “Se juega dondequiera que, más allá de la satisfacción de las necesidades particulares, la acción apunta a un orden espiritual universal de la vida, el cual se hace incluso presente en cuanto tal ‘simbólicamente’”<sup>26</sup>.

El juego es una actividad humana libre, desinteresada, gratuita, inútil, aunque llena de sentido. La celebración pone en juego toda la vida y nos regocijamos de vivirla, activarla, reactivarla<sup>27</sup>. “La actividad litúrgica, en su más íntima esencia, es una actividad lúdica, un juego ritual, en el que se expresa y se realiza el encuentro amoroso de Dios con los hombres. En la perspectiva litúrgica, el juego no sólo es un medio para lograr una madurez intelectual o afectiva, sino que es fin en sí mismo. El cristiano en la liturgia juega y en ese juego consiste su fe y su amor”<sup>28</sup>.

Los símbolos sacramentales se hacen festivos cuando en ellos la comunidad y las personas que la constituyen no buscan ganancias inmediatas y entran en la dinámica de la gratuidad, del desinterés. La pérdida del sentido lúdico hace rígidas las celebraciones sacramentales e impide entrar en ese diálogo fascinante que Dios nos ofrece.

c) *Celebrar como quehacer ocioso*. Celebrar es un *quehacer ocioso*, que da felicidad, opuesto al quehacer trabajoso. Produce sosiego, desasimiento, contemplación de la belleza, de la verdad y del bien. Abre al mundo, visto como misterio. Los fenomenólogos de la religión describen el tiempo celebrativo como la irrupción del gran tiempo en el tiempo ordinario. La actividad sacramental densifica y potencia de gratuidad el tiempo útil del hombre convirtiéndolo en tiempo de gracia.

---

<sup>26</sup> Cf M. MÜLLER y A. HALDER, *Breve diccionario de filosofía*, Herder, Barcelona 1976, 252.

<sup>27</sup> Cf J. HUIZINGA, *Homo Ludens*, Madrid 1970; R. GUARDINI, *El espíritu de la liturgia*, Barcelona 1933; E. FINK, *Spiel als Weltsymbol*, 1960; A. RÜSSEL, *El juego de los niños. Fundamentos de una teoría psicológica*, Herder, Barcelona 1970; G. BALLY, *El juego como expresión de libertad*, Fondo de Cultura Económica, México 1965.

<sup>28</sup> J. LLOPIS, *Pedagogía del juego e iniciación litúrgica*, en “Phase” 75 (1973) 22; ID, *La inútil liturgia*, Madrid 1972.

En las celebraciones sacramentales entramos en el descanso de Dios, en la contemplación del misterio que nos acoge.

Cuando los símbolos sacramentales se configuran como celebración festiva, lúdica y ociosa producen en los fieles, en la comunidad, una admirable liberación, estimulan su esperanza, dilatan su ser. La celebración es uno de los vehículos privilegiados a través de los cuales Dios Padre se nos revela y comunica.

### 3.3. *Eficacia de los sacramentos en cuanto ritos*

El rito es una versión del símbolo. Es un gesto corporal, imitativo, mimético. El rito es la plasmación en lenguaje corporal de esa diacronía distensionadora de la palabra mítica, es la plasmación a su vez en forma de discurso narrativo de la realidad simbólica<sup>29</sup>. El símbolo ritual se diversifica del símbolo lingüístico (la palabra). En el rito se “dice más” de lo que se puede decir en la palabra; hay algo en él que se resiste a su transcripción semántica o lógica. El símbolo ritual expresa la vida y el *logos*; tiene una fuerza vital poderosa, inexpresable. Los ritos reconcilian al hombre consigo mismo y con el cosmos; hunden sus raíces en las dimensiones durables de la existencia, del universo y del hombre.

Los ritos, por otra parte, contribuyen a la integración social, estructuran y construyen comunidades y permiten convivir con las tensiones sociales. Cuando son celebrados por una comunidad que los vive, los ritos la transforman. Mediante la participación en las celebraciones rituales las relaciones se modifican y se representan diferentemente; se aceptan otros modos de vivirlas. Tales transformaciones afectan tanto a las representaciones colectivas como a las psicológicas de cada uno.

La progresiva “ritualización” de los símbolos cristianos no es, en principio, un fenómeno negativo. Los ritos han servido para integrarnos en la gran tradición de la praxis y la confesión de la fe católica, para iniciarnos por impregnación lenta en el misterio de Cristo, para configurar nuestro inconsciente

---

<sup>29</sup> Cf L. MALDONADO, *Iniciaciones a la teología de los sacramentos*, Madrid 1977, 116.

con la atmósfera cristiano-eclesial, para domesticar los acontecimientos de cierta importancia, para hacernos comunidad e Iglesia. El rito nos permite romper simbólicamente con lo “ordinario” y entrar en la heterotopía del futuro que esperamos. La ritualidad se convierte entonces en la mejor infraestructura de la celebración festiva.

#### **4. Finalidad doxológica de los sacramentos**

Finalidad de los sacramentos es la “gloria de Dios”. Ésta es su última razón de ser, su finalidad vertical. En el sacramento hay una dimensión descendente, que recorre el mismo camino de la revelación. Dios se manifiesta, se comunica, se alía con el hombre en Jesucristo, a través del Espíritu, que actúa en la creación, en la historia humana, en la Iglesia, en las acciones constituyentes de la Iglesia y en las expresiones de su vida y misión. Dios se nos comunica sin ningún tipo de merecimientos. Por pura libertad y bondad. En el sacramento Dios nos sale al encuentro, movido únicamente por su amor gratuito.

En el sacramento hay también otra dimensión ascendente, que recorre el camino de la fe y de la religión. En Cristo la Iglesia y el hombre pueden retornar a Dios como su fin y meta. La sacramentalidad tiene como fin último la glorificación de Dios, el culto a Dios, que Dios sea reconocido y amado. En los símbolos sacramentales los hombres participamos del ascenso glorificador de Cristo al Padre, como meta última de todo.

La sacramentalidad no sólo introduce al creyente dentro del dinamismo y existencia del reino de Dios o de la alianza de Dios con el hombre, en cuanto que le hace consciente de esa realidad; también da culto a Dios y presenta ante Dios, simbolizada, toda la existencia del hombre.

Los sacramentos no son solamente símbolos eficaces. Son también principalmente momentos contemplativos, momentos de adoración, de culto y glorificación de Dios. ¿No es esta dimensión contemplativa y doxológica una de las características fundamentales en el encuentro con el misterio?

## 5. Conclusión teológico-pastoral

### 5.1. *La gracia del multiencuentro y sus símbolos*

El símbolo es aquella mediación que reúne lo que estaba distanciado. He aquí por qué Dios Padre decidió convertir a su Hijo Jesús en su símbolo, en su sacramento. En la diafanía de la humanidad de Jesús acaece el encuentro.

La gracia es, ante todo, encuentro. Encuentro con la luz, la resurrección, el camino, la verdad, la vida. La gracia nos abre a la relación. En la multirrelacionalidad de la gracia nos hacemos presencia para todo el universo y todo el universo se hace presencia para nosotros. En el símbolo sacramental acontece la presencia recíproca.

Ésta es la eficacia simbólica, que no se puede medir por grados. Es la eficacia de una nueva conciencia, de un nuevo sentir, de una nueva y vivificante relación.

No hay que forzar las celebraciones sacramentales para que sean eficaces. Ellas, impregnando poco a poco el alma, convierten el corazón y lo sensibilizan ante el misterio. Su eficacia está precisamente en su aparente ineficacia. Un sacramento verdadero... nunca violenta la libertad.

### 5.2. *“Si practicarais... os convertiríais en una parábola”*

Franz Kafka en su obra publicada con el título *Von den Gleichnissen* (Sobre las parábolas) presenta el siguiente diálogo:

“—Muchos se quejan de que las palabras de los sabios son siempre simples parábolas, inaplicables en la vida cotidiana, que es lo único que tenemos... Todas esas parábolas sólo dicen en realidad que lo inefable es inefable, y eso ya lo sabemos.

Alguien replicó a esto:

—¿Por qué os negáis? Si practicarais las parábolas, vosotros mismos os convertiríais en una parábola”<sup>30</sup>.

---

<sup>30</sup> F. KAFKA, *Erzählungen*, Frankfurt 1961, 328.

Nosotros podríamos concluir este volumen sobre la *Teología fundamental de los sacramentos* con palabras semejantes. Jesús, nuestro maestro, nuestro Señor, fue el gran maestro de los signos, el creador de los símbolos del reino<sup>31</sup>. La palabra y los símbolos del reino son la herencia que nos ha dejado y que revive constantemente en nosotros a través de la creatividad de su Espíritu. Él desea que su comunidad sea también en el mundo, en la historia, maestra de los signos, actualizadora de los símbolos del reino.

Las comunidades de los creyentes han de escuchar una vez más el mensaje: *Si practicarais los sacramentos, vosotros os convertiríais en un sacramento.*

---

<sup>31</sup> Cf B. BRANDON SCOTT, *Jesus, Symbol-Maker for the Kingdom*, Fortress Press, Philadelphia 1981.

## CATEGORÍAS TEOLÓGICAS PARA LOS 7 SACRAMENTOS

Tiempo	Categorías comunes	Realidades expresadas
s. I	Anti-tipos del Éxodo (1Cor) Mediaciones de incorporación a la muerte de Cristo (Rom, 1Cor, Mc 10) Gestos y señales de Emmanuel (Mt) Mediaciones para el camino (Lc y He) Signos de la gloria y del Espíritu (Jn)	<ul style="list-style-type: none"> <li>• BAUTISMO y EUCARISTÍA</li> </ul>
s. II	Símbolos-celebraciones en los que culmina el catecumenado (Did, Bernabé, Clemente Alejandrino, Hipólito de Roma).	<ul style="list-style-type: none"> <li>• BAUTISMO y PRIMERA EUCARISTÍA</li> </ul>
s. III-VI	MYSTERION Imagen-icóno símbolo de la realidad arquetípica (perspectiva platónica)	<ul style="list-style-type: none"> <li>• BAUTISMO, RITOS, POS-BAUTISMALES y EUCARISTÍA (Crisóstomo, Capadocios, Cirilo Jer., Cirilo Alej.)</li> <li>• HISTORIA DE LA SALVACIÓN (Orígenes)</li> <li>• LA IGLESIA-MYSTERION (N. Kabisilas)</li> <li>• LOS MYSTERIA (Pseudo-Dionisio) y los 7 MYSTERIA-SACRAMENTOS (Ortodoxia del 2.º milenio)</li> </ul>
s. IV  s. IX  s. XII  s. XIII  s. XV	SACRAMENTUM SIGNUM  (Perspectiva aristotélica)	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Juramento bautismal (Tertuliano)</li> <li>• Símbolos de una realidad sagrada (AT, NT) (Agustín)</li> <li>• Mysterion-Sacramentum (León Magno, Isidoro de Sevilla)</li> <li>• Progresiva distinción entre mysterion y sacramentum-signum (Ambrosio, Alger de Liège)</li> <li>• Sacramentum-signum únicamente (Berenario)</li> <li>• Sacramentos-instrumentos de restauración: mayores y menores (Hugo de san Víctor)</li> <li>• Los siete sacramentos, signo total de la Gracia (Pedro Lombardo)</li> <li>• Los siete sacramentos, signos-instrumentos del Verbo Encarnado (Tomás de Aquino)</li> <li>• Meros signos bajo el Primado de la Palabra (Reformadores protestantes)</li> </ul>
s. XIX s. XX	MYSTERION SACRAMENTUM (Perspectiva simbólica)	<ul style="list-style-type: none"> <li>• La Iglesia, protosacramento y misterio (Möhler, Semmelroth, Casel, Rahner)</li> <li>• Los Sacramentos del Gran Sacramento-Misterio (Vaticano II)</li> </ul>

